

# *Las Bienaventuranzas: Un Evangelio para Perdedores*

---

“Nos hemos vuelto olvidadizos”, escribe Malcolm Muggeridge, “que Jesús es el profeta de los ‘perdedores’, no el campamento de los victoriosos, él que proclama que los primeros serán postreros, que los débiles son los fuertes y que los necios son sabios” (*The End of Christendom*, Pág.56). En ninguna parte este hecho es más evidente que en las Bienaventuranzas. Como hemos ya observado en nuestro anterior estudio, la vaciedad, no la plenitud, es la clave a la felicidad.

**“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”** (Mat.5:6). Esta palabra “hambre” en esta bienaventuranza es la misma como la usada por Mateo en el capítulo anterior (Mat.4:2) cuando habla del ayuno de Jesús de cuarenta días en el desierto. Debido a que tal desespera hambre es completamente desconocida en nuestra experiencia, mucho en esta metáfora puede perderse en nosotros. Esta metáfora habla del hambre profundamente espiritual que lleva a la muerte. Pero el paralelo no es absoluto. Hay una diferencia fundamental entre tener hambre en el estómago y hambre en el corazón. Aun las personas más insensibles son movidas por el hambre del cuerpo, sin embargo, parecen existir pocos que reconocen el hambre del espíritu y el vacío que produce el pecado. Espiritualmente hablando, los hombres se parecen a los cuerpos medio muertos de Dachau y Belsen, pero que obstinadamente rehúsan reconocer la falta de sentido en una vida sin Dios. No todos viviendo en una “provincia apartada” tienen el valor de confesar, como el hijo prodigo, que ellos perecen “de hambre por la justicia” (Luc.15:17)!. Tales individuos continúan buscando neciamente alguna mejor “cascara” para llenar su vacío. Los que tienen “hambre y sed de justicia” han decidido afrontar su necesidad desesperada por lo que esta es, y buscar el alimento que responda a ella.

La “justicia” que estas almas desplazadas y cargadas por el pecado buscan es ante todo la justicia de una relación correcta con Dios a través del perdón y la justificación (Rom.5:1-2, 2 Cor.5:20-21), y, segundo, la justicia concreta de una vida transformada (Rom.6:8; 8:29). Ellos no únicamente sienten lo correcto sino *hacen* lo correcto. Ambas ideas de la justicia están presentes en el sermón (Mat.5:7 y 5:10, 20-48; 6:1). Dios está determinado en no únicamente perdonarnos sino en cambiarnos, volvernos partícipes de la naturaleza divina (2 Ped.1:4) Y Él nos asegura que vamos a ser semejantes a él (Mat.5:48) Que maravillosa esperanza!.

Hay en cada ser humano una necesidad enraizada e inescapable por Dios. Esta hambre de Dios es expresada emotivamente por David mientras era un fugitivo de Saúl: “Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, En tierra seca y árida donde no hay

agua” (Sal.63:1) El pecado ha creado en cada hombre un vacío en forma de Dios. Característicamente hablando, intentamos aliviar nuestro dolor al servirnos de todo tipo de basura increíble. Pero teníamos también el intento de querer vertir todas las aguas de las Cataratas del Niagara en una taza de té para buscar satisfacer nuestros espíritus sedientos de Dios con meras “cosas” y emociones carnales. Incapaces de satisfacer nuestra necesidad fundamental, el dinero y el placer e incluso la sabiduría humana se ha vuelto la base por un apetito insaciable que nos deja vacíos, insatisfechos y consumidos (Eccle.5:10-11). Nunca seremos capaces de tener lo suficiente, sentir lo suficiente, o conocer lo suficiente, para encontrar el contentamiento sin Dios. Lo que necesitamos es la justicia, y como Jesús dice, los que la buscan están destinados a conocer una satisfacción y paz trascendente — **“ellos serán saciados”** (Mat.5:6).

Hay en esta bienaventuranza un llamado por el cambio de las prioridades. Porque para muchos de nosotros, una relación correcta con Dios es vista como una parte importante de “la buena vida” que cada persona equilibrada debiera interesarse, pero no es la totalidad de las cosas. Jesús dice que esto tiene que ser más que un interés vital — esta debe ser la pasión dominante de nuestra existencia. Todas las personas verdaderamente hambrientas pueden pensar en esto como su comida.

**“Bienaventurados los de limpio corazón”** (Mat.5:8). La traducción de J. B. Phillips tiene esta frase, “Bienaventurados los absolutamente sinceros”, y esta podría parecer reflejar el verdadero significado de las palabras de nuestro Señor. La pureza en esta bienaventuranza ciertamente no se refiere a una justicia perfecta de vida, y dado el hecho que las actitudes (las cosas que debemos hacer como opuestas a lo que Dios hace) domina esta parte del sermón, es improbable que ésta se refiera principalmente a la pureza de un corazón perdonado. Es mucho más probable que esta palabra se refiera a la pureza de una devoción resuelta (Mat.6:22-24; 2 Cor.11:2), a una actitud que es posible aun para los pecadores (Luc.8:15). Santiago hace uso de esta pureza cuando exhorta: “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones” (Stg.4:8). La verdadera visión de Dios no será concedida a los astutos que calculan sus ganancias participando en juegos deshonestos o a los que son de doble ánimo que nunca pueden poner sus *dos* pies en el reino de Dios (Stg.1:7-8), sino para aquellos que son absolutamente honestos y sinceros de corazón hacia Dios. Ellos verán a Dios (Mat.5:8), no como los Judíos en el monte Sinaí, sino en el completo entendimiento de una relación íntima con Él (Jn.3:3-5; 14:7-9). Es una antigua pregunta con una antigua respuesta. “¿Quién” dice David, “subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón” (Sal.24:3-4). Si usted quiere ver a Dios con todo su corazón, usted lo verá. Las personas de esta clase no permiten que *nada* se interponga en su camino.